

III.

Capítulo segundo. — La inocencia...
Las risas y el colegio y la lección...
¿Por qué lloras? Estoy en penitencia!
Seguid! es la cartilla del dolor!

IV.

Capítulo tercero. Los veinte años...
Alma mía te quiero más que á Dios...
Y la infame me vende. Nó, me engaño!
Me duele horriblemente el corazón.

V.

Capítulo cuarto. — El egoísmo!
Magnífico! Se aumenta mi caudal...
¿Un mendigo? mi casa no es asilo...
¿Un enfermo? Que aquí no es hospital...

VI.

Y capítulo último. — La muerte.
Un momento de llanto funeral...
Un nombre que se graba en una piedra...
Unos meses de luto y... nada más!

¿Qué lindos son tus ojos y qué lindo
El color de tu tez inmaculada!
¿Qué suave es el calor de tu mirada!
¿Qué puro debe ser tu corazón!
¿Cómo adornan tu cuello nacarado
Las ondas de tu negra cabellera!
¿Cómo en tu sien hermosa reverbera
La poética luz de la ilusión!
¿Ah! ¡dichoso el que pueda un solo instante
Ocupar tu sencillo pensamiento;
El que aspire el aroma de tu aliento
Y beba la ambrosía de tu amor;
El que haga que tu frente se colore
Con el santo rubor de la inocencia;
El que pase á tu lado la existencia
Oyendo palpitar tu corazón!

de 1845 y desde temprana edad se dedicó al comercio. Llevado á Estados Unidos por motivos de su oficio, intimó allí con Sarmiento, quien le inspiró la idea de la reforma escolar que, de vuelta á la patria, inició y realizó con grandes sacrificios. Ya entonces había escrito y publicado versos y con un tomo de poesías inéditas había visitado á Victor Hugo, quien alentó al joven poeta. Sin embargo, más que sus versos han vivido sus obras de pedagogía, *La Educación del pueblo*, *La legislación escolar*, *Enciclopedia de la educación*. Fué también periodista distinguido y fundó y redactó *La Paz*. Nombrado Inspector Nacional de Instrucción pública, realizó ampliamente y con verdadera videncia el plan concebido en Estados Unidos. Murió junto al yunque, el 24 de octubre de 1879, agotadas las fuerzas de su espíritu por la labor desplegada y amargado el espíritu por la magnitud del sacrificio, desconocido entonces, y que la posteridad ha puesto de manifiesto como el mejor título de su gloria.

Á.....

Como el recuerdo que guarda el alma
De las risueñas horas de calma
En que mil sueños de amor forjó;
Así en mi mente cándida y pura,
Se alza la imagen de la hermosura,
De tu pureza, de tu candor.

Como el arrullo de la paloma,
Como el concierto que, cuando asoma,
Saluda al astro que luz nos da;
Así en mi alma, cuando te miro,
Se eleva un himno, que es un suspiro,
Que es una queja, tal vez un ¡ay!

Como el pampero que al mar agita
Y que en los bosques el árbol quita
Todas sus hojas y su frescor;
Así en mi pecho se alza la duda,
Que roe lenta, que roe muda
Mis esperanzas, mi corazón.

Y como el ave vuelve á su nido;
Como al recuerdo de un bien perdido
Se vuelve el hombre lleno de amor;
Así mi alma, cuando suspira
Lejos del mundo, de su mentira
Se vuelve al cielo, se vuelve á Dios!

VICTORIANO E. MONTES ⁽¹⁾

EL TAMBOR DE SAN MARTÍN.

I.

Con los héroes de todo un continente
La muerte ha hecho sacrilego botín!
Pero aun lucha con ella frente á frente,
Y cuerpo á cuerpo, en actitud valiente,
El anciano Tambor de San Martín!

II.

Los esclavos se arrancan la librea:
« Termine, gritan, nuestra suerte ruín:
Sea Nación independiente, ¡sea!
La colonia infeliz... » Y á la pelea
También corre el Tambor de San Martín!

(1) El doctor VICTORIANO E. MONTES con las pocas poesías que publicó desde 1877, época en que se inició en las letras, ha conseguido consagrarse como poeta de verdadero vuelo. Dentro de su época descuella por la originalidad de sus composi-

III.

Escala, en son de guerra las inmuebles
Montañas, un brillante paladín;
Y se enardecen los campeones nobles,
Al vibrante compás de los redobles
Que lanzaba el Tambor de San Martín!

IV.

Allá van los bizarros batallones!...
Y en Maipo, en Chacabuco y en Junín,
Destrozan las ibéricas legiones,
Arrollando artilleros y cañones
Al toque del Tambor de San Martín!

V.

Cuentan que, en lo más recio de un combate,
Incendia una granada al polvorín!...
Firme y de pie, su fibra no se abate,
Y entre montañas de humo el parche bate,
Impasible el Tambor de San Martín!

VI.

Joven y hermoso, en Lima y sus afueras
Lucía su uniforme y su espadín,
Su airoso porte y bélicas maneras,
Crugiéndole las botas granaderas
Al rumboso Tambor de San Martín!

VII.

Qué tiempos! Qué aventuras! Cuántas *cholas*
De alma angélica y tez de serafín,
Suspiraban llorosas, mustias, solas,
Por que oyeron las dulces mentirolas
Del galante Tambor de San Martín!

VIII.

Enfermo yace el invencible atleta,
Relegado de un pueblo en el confín;
Ya no hay dianas ni toques de retreta....
¡Pasó, pasó la juventud inquieta
Del ardiente Tambor de San Martín!

IX.

Por él son hombres libres los ilotas...
Y lleva un traje de raido brin!
Vive en un rancho y en lugar de botas
Miserables y rústicas ojotas,
Sólo lleva el Tambor de San Martín!

ciones, la audacia de las figuras y lo atrevido de la rima. Poeta de verdadera inspiración, ha escrito composiciones que han quedado en el alma popular. *El tambor de San Martín* ha sido reproducido por todos los periódicos americanos. El doctor Montes, vinculado desde muchos años a la República Argentina, no ha vuelto a escribir, por más que los pocos versos que ha dejado es lo bastante para que su nombre quede incorporado al grupo de nuestros verdaderos poetas.

X.

¡Pan y ropas y techo al veterano
Escapado al sacrilego botín!
Patria de Monteagudo y de Belgrano,
¡Basta de ingratitud! Tiende tu mano
Generosa al Tambor de San Martín!

XI.

Que se yerguen las sombras inmortales
De los bravos de Maipo y de Junín,
Y estrechen con abrazos fraternales,
Necochea, Las Heras y Arenales,
Al ilustre Tambor de San Martín!

EL PINTOR DE BATALLAS.

¡Salve artista con alma de patricio,
Y patricio con alma de guerrero,
Y guerrero que anhela el sacrificio,
Y sucumbe en la lid gallardo y fiero!

Te dió su inspiración Echeverría,
Castelli el alma, Necochea el brazo,
Mármol su tormentosa fantasía,
Su indómita altivez el Chimborazo.

Tu muerte, como un sol, está irradiando,
¡En himnos mil la admiración estalle,
Oh pintor, que has caído batallando,
A los piés de la estatua de Lavalle!

De la patria del alma el vilipendio
Tu noble corazón de angustia crispa,
Como crispa á los robles el incendio,
Esa prole siniestra de una chispa.

¡Cómo tu pecho enardecido late
Al oír de la patria los clamores,
Al entonar los himnos del combate,
Sirenas de la guerra, los tambores!

En explosiones bélicas estallas
Y el pintor se transforma en el soldado,
Como hombre que ha pintado las batallas
Y que ama las batallas que ha pintado.

¡Salve, artista con alma de patricio
Y patricio con alma de guerrero,
Y guerrero que amaste el sacrificio,
Y caíste en la lid gallardo y fiero!

El generoso joven de alma fuerte
Que adore el arte y como tú batalle,
Suspirará por tu sublime muerte
Al pié del monumento de Lavalle.

¡Cuál soñaría tu alma de gigante
Al trasladar al inspirado lienzo,
Lleno de unción, con el pincel vibrante,
Los muertos de tu Maipo y San Lorenzo!

Y juraste en transportes peregrinos,
De una visión profética á los lampos,
Lidiar como esos héroes argentinos,
Y hallar la muerte en tan gloriosos campos.

¡Oh, pintor! en tus cuadros opulentos
Vibra el clarín y ondean los pendones,
Vuelan á combatir los regimientos
Y vomitan la muerte los cañones.

¡Cómo tu inspiración relampaguea
Al trazar la silueta de los bravos,
Que hicieron fulgurar en la pelea
El sable redentor de los esclavos!

Tú, con corceles de tremantes crines,
Con morriones, penachos y oriflomas,
Y arengas de tambores y clarines,
En patriótico ardor el pecho inflamas!

Se ve, se asiste al bélico torneo;
Ruedan allí las armas hechas trizas...
Oh, del pincel altísimo Tirteo,
Tú apostrofás, tú incendias, tú electrizas!

En tu paleta y tu pincel hay rayos,
Tempestades, catástrofes, escombros,
Antros, cumbres, hipérboles, desmayos,
Estampidos, relámpagos y asombros.

Siguiendo al Héroe en su triunfal carrera,
¡Cuál tu númen el vuelo audaz ensaya!
Si tu no hubieras muerto... el mundo viera
Al Andes saludando al Himalaya!

Huérfanos de tu mano cariñosa,
¡Ay! ¡qué harán tu paleta y tus pinceles?
Ellos debieran coronar tu fosa
Convertidos en bosques de laureles!

Y allí, al silencio nocturnal profundo
Dando el ramaje al huracán que zumba,
Publicar, sollozando por el mundo
Los poemas que duermen en tu tumba.

Tus cuadros y la sangre de tus venas
Conquistaran, de Grecia en el recinto,
La admiración de Apeles en Atenas,
Y el lauro de los héroes en Corinto!

Dáale ¡oh, gloria! un mirífico destello,
Dadle, ¡oh, poetas! vuestro excelso canto,
Pintar los triunfos de la patria es bello,
Y morir por la patria es noble y santo.



AURELIO BERRO⁽¹⁾

AL MONUMENTO.

¡Para, cálido sol, tu raudó vuelo!
Que la onda brillante
De benéfica luz que adorna el suelo
Con la espiga y la flor, ciña radiante
Ese grupo de mármoles y broncees,
Barrera levantada al hondo olvido,
Y alto padrón de gloria
Donde graba el esclavo redimido
La primer frase de su libre historia!
Truene el ronco cañón, no ya de muerte
Mensajero fatal; su acento augusto
Al amor de lo grande y de lo justo
Eleve el corazón del hombre fuerte.
Vibre en el viento el címbalo sonoro:
En armonioso coro
La voz de los levitas, retumbando
Bajo las anchas bóvedas, difunda
Allá en el templo el cántico ferviente;
Y mientras, vuelto en vaporoso velo,
Del turíbulo ardiente
En lentas nubes el incienso humea,
Aquí bajo la bóveda del cielo,
La plegaria del pueblo alzada sea!
¡Dios y la libertad! Tal era el grito
Que el corazón de Lavalleja henchía,
Cuando el bravo proscrito
A la victoria rápida y segura
Su indómita falange conducía.
¿Lavalleja clamé? Grande figura,
¿Por qué no estás aquí? ¿Por qué el Eterno
Los días de los héroes no prolonga
Aún más allá del término marcado
A la vida vulgar? ¡Ah! Yo te viera
Sobre ese frío pedestal alzado,
Con el roto girón de tu bandera,
Trémulo el brazo, trémula la planta,
Ornar esa columna,
Que la justicia á la virtud levanta.
Yo te saludo, venerada sombra

(1) AURELIO BERRO nació en Montevideo en 1834. En el país ha sido Ministro y Diputado. Como poeta pertenece á la tradición clásica, y su verso correcto y pulido no está exento de cierto delicado aticismo. En el certamen nacional de 1879, su «Canto al Monumento de la Independencia» obtuvo el primer premio. Su inspiración se mantiene siempre dentro de la serenidad clásica, pero su verso es fluido. En la actualidad reside en Buenos Aires.

(Y las lágrimas saltan á mis ojos
 Cuando mi voz te nombra)
 Si allá, en el éter que circunda el suelo
 Donde yacen sepultos tus despojos,
 Tu espíritu flotante se pasea
 Al contemplar el pueblo que apiñado
 Ese mármol rodea,
 Al fruto de tus obras consagrado.
 Séale dulce la gloriosa ofrenda,
 No menos justa porque fué tardía,
 Y desde el eter, de tu amor en prenda
 A tu patria tu espíritu sonría!
 ¡Salve otra vez al bueno entre los buenos,
 Y para mí el mejor!... Si entusiasmado
 En la homérica historia me absorbía
 De tus inclitos hechos,
 No era sólo el valor lo que veía!
 Bravo te hallé cuando en la ansiada arena
 Del primer paso al estampar la huella,
 Con los tuyos juraste
 « Salvar la patria ó perecer por ella ».
 Héroe te ví de Sarandí en la pugna,
 Lanzando á la carrera á tus bridones,
 Animado de aliento soberano,
 Gritar á las legiones:
 « Carabina á la espalda y sable en mano »
 Pero aún más grande y noble
 Te pude contemplar!... Cuando tu frente,
 Con el laurel de la victoria orlada,
 Inclínaste tranquila y reverente
 En el recinto de la ley sagrada,
 Y el invencible acero
 Con digno continente deposiste
 Ante esa misma ley... ¡cuánto creciste!
 Tú fuiste, sí, el primero
 Que dejó entre nosotros en la historia
 Esta lección á la futura gente:
 « Para alcanzar los timbres de la gloria
 No le basta al soldado ser valiente ».
 En láminas de bronce burilado
 Mirad ahí del inmortal caudillo
 El nombre venerado:
 Con él están sus inclitos campeones
 Y allí, á la par, nuestro primer Senado.

.....
 Salve ilustres varones,
 Y tu también inolvidable día!

.....
 El valor y el saber ¡oh patria mía!
 Aquí, bajo este sol, sobre este suelo,
 Fundaron tus destinos soberanos:
 Al recordarlo, aquí, bajo este cielo,
 Descubramos la frente, ciudadanos!
 Por fin, lo ves alzado
 Ese padrón de honor, bella Florida!
 Tardo recuerdo de favor gozado,
 Por que el dolor hasta el deber descuida!
 Mármol, granito y bronce

Relatan un poema en sus labores:
 Las memorias de entonces
 Aparten del artista y sus primores
 La plácida atención del pensamiento;
 Bronce, mármol, granito,
 Despierten de virtud el sentimiento
 Y eleven nuestra mente al infinito,
 Por que El estaba allí: sin El, ¿qué fuera
 La obra de los hombres? ¡Polvo inútil
 Que flotando en espacios sin espacio,
 En abismos de sombra se perdiera!
 Con El, todo se viste y se colora,
 Y en las formas eternas de la idea
 Sobrevive la fuerza creadora,
 Aunque de polvo el instrumento sea.

.....
 Vivos están los hechos de los héroes!
 ¿Qué importa que cegado
 El odio vil por la pasión los tuerza?...
 Todos eran hermanos!
 ¡Pura fraternidad, hija divina
 De un Dios de amor y sacrificio santo,
 Fruto feliz de la sin par doctrina
 Que alienta el corazón y endulza el llanto:
 Tu eres la roca inmoble
 Donde el torrente rujidor se estrella;
 Tu eres el fuerte roble
 Que entre el furor del huracán descuella,
 Sin que el furor del huracán lo doble!
 El amor es la unión, ella la fuerza,
 Y en ese incontrastable fundamento,
 En medio á los embates que la acosan,
 La humana sociedad halla su asiento,
 Y honor, poder y libertad reposan.
 Necio aquel que pretenda,
 Tejiendo el interés y el egoísmo,
 Cubrir su prole con instable tienda!
 En su infecundo anhelo,
 ¡Ay! será vano que prolijo imite
 De la fraternidad la trama santa:
 Va laborando en hielo
 Que el primer sol de la pasión derrite,
 O el primer golpe del dolor quebranta.
 ¡Dios y la libertad! Allí aspiremos
 El aura de verdad que nos anime
 Delante de ese noble monumento,
 Que en nuestras almas el respeto imprime,
 De un génesis divino el juramento,
 De la fraternidad la idea fecunda;
 ¡Que el germen puro derramado al viento,
 Fertilizando nuestras almas cunda!
 Fraternidad—el estandarte sea
 Que muestre á nuestros hijos el camino
 Do en cada paso aproximar se vea
 El ideal de su feliz destino;
 Y si un día, tal vez desfalleciendo
 Con el polvo y el sol de la jornada,
 Sienten que su valor va decayendo

Y que se dobla su cerviz cansada,
Vengan aquí, pregunten á ese mármol
Cuánta es la fuerza que en la unión se esconde,
Y escuchen en la voz de los recuerdos
Lo que el pasado al porvenir responde!

Á RIVADAVIA.

Tardas, Justicia; pero, al fin, tú llegas!

No era mi voz, que, resonando ahora
debiera alzar de inspiración desnudo
el canto de loor; grave y sonora,
el arpa de los bardos Argentinos,
ansiára yo escuchar, atento y mudo.
Pero reina el silencio; el tiempo avanza,
llega la hora propicia,
yaudaz mi acento á levantarse lanza
y el grito que le arranca la justicia.

Para el sabio y el bueno
cabe, á la vez, idolatrar la Patria
y amar la humanidad: el noble seno
acoge todo bello sentimiento,
y del genio profundo,
abarca un pensamiento:
la extensión del hogar y la del mundo.
¡Tal fuiste, Rivadavia!
¿qué importa, pues, si se meció mi cuna
donde la tuya no? De la fortuna
fué disponerlo así: su brazo fuerte
un pedazo de tierra nos designa
para ir á la vida ó á la muerte.
Quédale á la virtud, severa y digna,
salvar con su poder el linde estrecho,
y la fibra mover del entusiasmo
en suelo ageno y en extraño pecho.

No temas, Rivadavia, que mi canto,
con lisonja falaz, tu nombre ofenda
y el brillo fulgurante de tus hechos,
fuera del campo de su luz extienda.
Pródiga fué tu mente generosa
en gérmenes de bien; pero, no siempre
la cosecha abundosa
recoje el sembrador; — voraz, impía,
la discordia surgió; luchaste en vano,
y, largos años, despertaste al día
ausente de tu suelo Americano.

¡Cuántas veces pensando
En el desierto lar, tu mente inquieta
volaría tras él — tras esa Patria
á que rendiste fervoroso culto,
y en cuyos hijos, por su mal, hallabas
indiferencia que rayó en insulto!

Mas ese corazón que tu alentabas,
sólo á grandes impulsos respondía;
allí, del rencor vil ó la venganza,
ni la sombra, cabía.
Ambas, y en las horas de esperanza
volviendo tu bajel al Plata undoso,
por un momento contemplaste ansioso
el tibio sol y la ciudad querida.
¡Ay! de las patrias ondas
alzóse, contra tí, la hirviente espuma;
partiste; y tu vista humedecida,
tu Buenos Aires se perdió en la bruma
.....

Y mientras que las páginas oscuras
de la Argentina historia
se iluminan al brillo de ese nombre
envuelto en luz de inmarcesible gloria,
Tú, en el hondo letargo de la muerte,
término oscuro de la humana guerra,
descansa en paz! y á tu ceniza inerte
cálida sea la materna tierra!

PAN Y LÁGRIMAS.

Eleviam fra le lacrime i cuori,
Sosteniamo gli scossi intelletti,
Siam colpiti ma non maledetti,
Man paterna è la man del Signor.
SILVIO PELLICO.

En medio de los tristes pensamientos
Que la propia desgracia nos inspira,
Húmedo aún de sangre,
El yermo suelo de la patria amada;
Cuando la diestra airada del hermano,
Contra el hermanoalzada,
En lucha estéril se fatiga en vano;
Cuando apenas allá en el horizonte
Brilla la tenue luz de una esperanza,
Vaga como la vela salvadora
Que el naufrago infeliz en sus delirios
Cree siempre ver, y que jamás alcanza;
Nuevos gemidos de dolor resuenan
Nuevo horror nos abrumba,
Y otro pueblo enlutado
Sus ayes moribundos nos envía
Del mar sonoro en la brillante espuma.

¡Infeliz Buenos Aires!
La celebrada emperatriz del Plata
Yace en el lecho del dolor cruento.
Sus hijos desaparecen
Al hálito fatal del morbo impío
Como las hojas que arrebató el viento,
Como gotas de lluvia
Que absorbe en su corriente el ancho río.

Buenos Aires perece
 Pero luchando aún, su noble esfuerzo
 A la medida de su mal se acrece;
 La caridad sublime por do quiera
 Frente á frente al peligro se presenta,
 Y la patria sonríe en sus dolores
 Cuando á sus héroes por sus hijos cuenta.

Entretanto la muerte inexorable
 Su espantosa labor sigue inclemente,
 Las víctimas humildes
 Al par de las más altas van cayendo,
 Y al vicio y la virtud hiere igualmente.
 El ministro de Dios y el de la ciencia,
 Consuelo y esperanza del que sufre,
 Allí á su cabecera
 Perecen con la muerte del Apóstol,
 Con la del bravo al pié de su bandera.
 No hay humano poder que el mal detenga
 Y nada - nada - su furor mitiga:
 La segur va cortando,
 Cual la del segador que abate á un tiempo
 La yerba humilde y la dorada espiga.

El noble corazón que ayer latía
 De caridad y amor dando el ejemplo,
 Ya no latirá más. — Las anchas frentes
 Que antes sirvieron de morada al genio,
 Donde hervían grandiosos pensamientos
 Que el mundo y los espacios abarcaban,
 No piensan ya: quebráronse las alas
 Al águila altanera,
 Y el foco ayer de ideas eminentes
 Es hoy una vacía calavera!
 La beldad juvenil que antes brillaba,
 Viva imagen del ángel en la tierra,
 Vertiendo en torno suyo ese perfume
 Que puso Dios en ella y en las flores,
 Cesó de sonreír; sus tiernas gracias
 Ya no inspiran amores,
 Fuése... voló... como la flor marchita,
 Que á la brisa más débil se desprende,
 Como la débil rama que en su seno
 El vórtice insaciable precipita.

Ayer no más una mujer dichosa,
 Con profundo cariño,
 Las gracias inocentes contemplaba
 Del ternuzuelo niño
 Que jugando á sus plantas sonreía.
 ¡Oh! ¡Con cuánto placer le acariciaba
 Y á sus calientes haldas le atraía!
 Ensenábale á orar, y él, balbuciente
 Juntando sus pequeñas manecillas,
 Mirábala entre serio y asombrado,
 Y en palabras cortadas repetía
 Las mismas oraciones
 Que del labio materno recogía.

Pura felicidad! — Mas, ¡ay! la hora
 En que debe concluir está sonando...
 La fiera hambrienta percibió ese niño,
 Y al dintel de la puerta está llamando.
 ¡Horrible transición! ¡infeliz madre!
 Héla allí con los ojos espantados,
 Suelto el cabello, descompuesto el rostro,
 Sin pensamiento fijo,
 Y llorando y riendo al mismo tiempo
 Abrazada al cadáver de su hijo.
 ¡Cuánta desolación! Por todas partes
 Un cuadro desgarrante se presenta.
 Nada le basta al monstruo; donde quiera
 Deja caer su garra despiadada,
 Y víctimas sin cuento
 Arranca del bullicio de la vida
 Y arroja en el silencio de la nada.

Buenos Aires perece,
 Pero luchando aún; los sufrimientos
 Son la piedra de toque
 Donde el valor del alma se aquilata,
 Y la excelsa virtud el mal no teme,
 Que solamente la materia mata.
 Los hijos de esa patria generosa
 En la más pura caridad se inspiran,
 Y velando incansables al doliente,
 Con voluntad serena
 El veneno mortífero respiran:
 Están con el que muere,
 Y mueren á su vez. — ¡Paz á su tumba!
 Y para eterno ejemplo de los hombres,
 En letras imborrables,
 Guarde la historia al porvenir sus nombres.

Pero, no es todo aún; cuando el azote
 Se aleje ya de víctimas hartado,
 Nuevos males vendrán: aquí una turba
 Hambrienta y desvalida
 Llegará en vano á la mansión desierta
 Del opulento que perdió la vida,
 Y con paso cansado
 Seguirá por un pan de puerta en puerta.
 Allá un débil anciano,
 A quien la muerte le quitó sus hijos,
 Con temblorosa mano
 Procurará secar la ardiente lágrima,
 Que el arrugado párpado le quemara,
 Y solitario vivirá muriendo...
 Y el huérfano infelice
 ¿Quién le devuelve la infantil sonrisa
 Que en sus labios vagaba,
 Y que el dolor primero borra impío?
 ¿Quién cubrirá sus ateridos miembros
 Cuando gimiendo exclame: «tengo frío?»
 ¡Y las madres! ¡Para ellas no hay consuelo!
 Mirad, allí está una
 Al pié de aquella cruz siempre llorando.

¿Porqué, dime, en tu llanto inextinguible
Ese sepulcro bañas?
Y ella en trémulo acento....
«Regando estoy la flor de mis entrañas».

Basta, mi corazón destroza el pecho!
¡Alma mía, ten fuerza! Dios, inspírame
Para que tenga mi postrer acento
La verdad que conmueve,
Cuando al hablar á un pueblo generoso
Le grite el labio mío:
¡Compasión, compasión para el hermano
Que en sus dolores al hermano implora,
Abre tu corazón, tiende tn mano
Pan al que pide pan.— ¡Llanto al que llora!



JOSÉ M. SIENRA CARRANZA (1)

Á UNA PARAGUAYA.

I.

Imagen de tu patria desolada,
Ahí vas con paso tembloroso, incierto,
Resto de otra mujer, virgen violada,
Noble señora ayer, sierva hoy ajada,
Cargando en vano un corazón que ha muerto

Ahí vas llevando en tu mirada escrito
El poema infernal de tus dolores,
¡Guay! víctima expiatoria sin delito,
Ahogando acaso en la garganta el grito
Que podría turbar á tus señores.

Vana reliquia de la lucha ruda
Salvada á los embates de la suerte,
Huérfana, madre solitaria, viuda,
Bien sé que tu alma permanece muda
Desde que en otro sér te hirió la muerte.

(1) El doctor JOSÉ MANUEL SIENRA CARRANZA, nació en Montevideo el 4 de Julio de 1843. Es un hombre público que ha ocupado puestos de importancia. Ha sido ministro diplomático, diputado y miembro del Consejo de Estado de 1898. Como orador se ha distinguido por sus convicciones, su palabra elegante y el concepto de sus discursos. Como periodista y literato, ha colaborado en diversas publicaciones y ha redactado *La Democracia*, *El Plata*, *El Pueblo* y *La Tribuna Popular*. Es autor de varios folletos históricos y jurídicos. Sus versos, inspirados y correctos, le han valido á su autor verdadero prestigio literario. Su composición « *A una paraguaya* » se ha popularizado, llegando á ser una de las poesías más en voga en el Paraguay. Actualmente es Catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad, de la cual fué Rector por breves horas en 1875.

¿Era el padre?... ¿Era el hijo?... ¿Era el esposo?...
Curupaytí talvez le vió asombrado,
Tinto en sangre el acero, valeroso,
Alzando el patrio pabellón radioso
Sobre el campo de muertos alfombrado.

¡Guay! y tú que del triunfo en los laureles
No pudiste soñar que hubiera espinas,
Viste del enemigo los corceles
Sobre el tendal girando de los fieles
Hechos trizas en Lomas Valentinas.

Fué allí el instante de la lid tremenda
Fué allí el relampaguear de los cañones!
No hubo cuartel en la feroz contienda!
Cayó!... cayó del Paraguay la tienda,
Y su estandarte se aventó en girones!

El ¡ay! del moribundo paraguayo
Del *cambá* se confunde con el ¡hurrah!
Y el genio de la gloria en su desmayo
En vano forja un postrimero rayo
En Cerro-Leon, Piribebuey y Azcurra!

¡Guay! del pueblo infeliz en la derrota!
¡Guay! del pueblo que á lid retó al imperio!
¡Guay! la viuda del paria, la hembra ilota,
¡Guay! que en el llanto que en sus ojos brota
Ha de aplacar su sed, en cautiverio!...

¿Era el padre?... ¿Era el hijo?... ¿Era el esposo?...
Fueron todos tus hijos, desgraciada,
Fué la madre y la hermana, fué el brioso
Doncel apuesto, y el anciano añoso,
Fué tu Jerusalem, rota y saqueada!

Y ora, ahí estás, sobre tu mismo suelo,
Expatriada en la patria, junto al templo
Donde el incienso se levanta al cielo,
Donde se entona el himno del consuelo
De Aquidabán por el sangriento ejemplo.

Cristiano vencedor, al Dios bendito
« ¡Gloria! » Canta entre músicas y flores..
Tu cargas un dolor que nadie ha escrito
Ahogando acaso en la garganta el grito
Que podría turbar á tus señores!...

II.

¡Ah! marcha taciturna tu camino,
Arrastra resignada tu cadena,
Para el pesar que tu alma ha recojido
No hay bálsamo en la tierra.
¡No hay límite al dolor de tus dolores!
No hay en tu hogar sin lumbre
Sinó aliento de muerte,
Silencio y soledad y servidumbre!